

Chaplin-Charlotí í í tanto monta, monta tanto

Javier de la Nava



El pasado 2 de febrero se cumplieron cien años del estreno de *‘Haciendo por la vida’* (*Making a living*), la primera aparición cinematográfica de Charles Chaplin, encarnado en un hábil estafador con sombrero de copa y levita, monóculo y amplio bigote, que se hace pasar por aristócrata inglés. El vagabundo Charlot apareció en su siguiente película *‘Carreras de autos para niños’* (*Kid Auto Races at Venice*), estrenada semanas después. Chaplin, feliz y divertido, interpreta a un espectador de una carrera de coches infantiles en la playa de Venecia en Los Ángeles. La crítica la calificó como *‘la película más divertida rodada nunca’*. El cine ya tenía su cómico, un bufón con gestos precisos para aportar diversión: con caídas acrobáticas o con rápidos puntapiés a sus adversarios.

Persona y personaje, Chaplin y Charlot, están estrechamente fundidos. Charles Spencer Chaplin nació en un mísero barrio del Londres imperial, el 16 de abril de 1889, cuatro días antes que su parodiado Hitler en *El Gran Dictador*. Contaba pocos meses cuando su padre abandona a su madre, Hanna, alcohólica y demente, que malvive como actriz y cantante. Con apenas cinco años, debuta en el teatro, sustituyendo por haberse quedado afónica a su propia madre. Poco después, Chaplin la llevó de la mano al manicomio del que la rescataría años más tarde para instalarla en una lujosa mansión de Beverly Hill. Hanna no reconocía a aquel joven que la visitaba, pero agradecida metía trozos de pan y carne envueltos en periódicos en los bolsillos de su chaqueta. Minutos después, entre lágrimas, Chaplin los mordisqueaba en su limusina, mientras recordaba su infancia y adolescencia mendigando, durmiendo en aceras o portales, entre escombros y basuras, con estancias temporales en lúgubres orfanatos, alimentándose de restos de comida podrida del mercado de Convent Garden. Desgarbado y enclenque apenas creció. Era tan pequeño, que fue eximido de combatir en la I Guerra Mundial.

Dotado de prodigiosa memoria fotográfica, imitaba posturas, gestos y movimientos. Así se ganaba unas monedas. Con doce años consiguió trabajo en una compañía teatral, con la que viajó a Estados Unidos. A la *‘troupe’* de Fred Karno, también pertenecía Stan Laurel, el *‘flaco’* por excelencia. Firmó su primer contrato cinematográfico a finales de 1913. Mark Sennett, director de Keystone, un pequeño estudio que distribuía alocadas películas cómicas en barracas de feria, contrató a Chaplin tras verlo interpretar una pantomima acrobática. Sin embargo, a aquel vendedor de carcajadas no le gustó su personaje en *‘Making a living’*, *‘tienes que crear un personaje que sea sólo tuyo’*, le increpó a voces. Chaplin afligido por la bronca entró en el almacén de vestuario de la Keystone. Metió sus patas de alambre en unos enormes pantalones y se puso un descolorido y apollado chaqué; hizo que sus rizos sobresalieran de un abollado sombrero hongo; y sin quitarse los botines, se calzó unas grandes botas. Necesitaba arquear las piernas para andar y evitó las frecuentes caídas al utilizar un bastón. Aún con tal estrafalaria vestimenta, a Sennett le parecía joven. Chaplin se puso un bigote postizo al que recortó las puntas. Era el 5 de febrero de 1914, había nacido Charlot.

Una sola persona intervino en la génesis de un personaje hecho de retales humanos. Observar a la gente era la fuente de sus recursos. Aquella caricatura cómica era el santo y seña de una indescifrable identidad que le hacía sentir *‘vértigo indefinible y nauseoso’*, frente a la multitud de admiradores que siempre le acechaban. Su controvertida personalidad le canjeó enemigos poderosos que no aceptaron su tono social y crítico con la sociedad. El informe del FBI sobre Chaplin, 1.900 páginas, le calificaba de cruel, megalómano, despótico, corruptor de menores, neurótico perfeccionista, o sádico. Además, le acusaba de burgués, nihilista, comunista, anarquista e iconoclasta.



Seducor irresistible (se casó cuatro veces y tuvo ocho hijos), se le atribuyen docenas de conquistas sentimentales. Harto de persecuciones y rechazos, en 1952, se exilió en Suiza. En su casa de Corsier-sur-Vevey falleció el día de Navidad de 1977. Pero no descansó en paz, su cadáver fue desenterrado y colocado en algún lugar desconocido.

Aquel hombrecillo desgarrado, de penetrante mirada azul llena de dulzura, desarmaba a los desalmados con una sonrisa y conmovía a todos. Intervino en 79 películas, la última que protagonizó fue *Un rey en Nueva York*, en 1957. Más tarde, en 1967, con 78 años, dirigió *La condesa de Hong Kong*, protagonizada por Sofia Loren y Marlon Brando. En todo el mundo, millones de espectadores vieron, y ven hoy, con satisfacción sus obras. Charlot sigue vivo en la memoria del cine como el vagabundo ingenuo que aún muerto de hambre mantiene refinadas formas de comportamiento. Es pícaro, sin perder una irónica elegancia que le permite burlarse de los agentes de la autoridad o de los magnates corruptos que le rodean. La temática de sus metrajes es plenamente actual, denuncian una sociedad injusta e inhumana a través de la risa que en ocasiones se queda congelada al ver la paliza brutal que los camareros de un restaurante propinan a quien no puede pagar lo que ha comido, o el famoso plato de macarrones cocinado con los cordones de sus botines raídos que engulle con refinamiento burgués en *La quimera de oro* (1925), sin olvidar la burla de unos *Tiempos modernos* en donde reina la estulticia, su valiente denuncia del capitalismo en *Monsieur Verdoux*, del nazismo en *El Gran Dictador*, o de la caza de brujas en Estados Unidos en *Un rey en Nueva York*. Los iconos de bondad permanecen, quien no recuerda al payaso Calvero en *Candlejas*. Chaplin apesó para el cine el espíritu de la comedia y defendió la seriedad del arte

cómico. García Lorca dijo que sus películas, llenas de *‘pequeñas obras de arte’*, se interiorizan tan profundamente, que resulta difícil contar lo que hemos visto. Como difícil resulta separar Chaplin de Charlot, tanto monta, monta tanto.

